

no me permitía andar más. Bajé, pues, al camino real, y logré que una carreta, por una buena gratificación que dí al conductor, me trajese hasta cerca del hospital. Aquí estaban alarmados con mi tardanza: era cerca de las once de la noche.

Tal es la historia de este funesto encuentro; quiero evitar otro, y para ello necesito de tí. Duélete, pues, Manuel mío, de tu pobre amigo.

En cuanto á mi dolencia, nada nuevo tengo que decirte: mis males se hallan estacionarios.

Mi padre no me ha escrito muchos días hace; lo que me prueba que su enfermedad es más séria de lo que la pinta Melchor. Yo estoy inquieto también por este lado.

Adiós, querido mío: cuento con volver á verte muy pronto.



CARTA XXVIII.

MANUEL A MELCHOR.

Campeche, 4 de Diciembre de 1824.

Querido mío. Héme aquí de vuelta, después de mi corta ausencia en Tabasco. Mi venida no ha podido ser más á tiempo, pues dudo mucho que Antonio, á quien he encontrado en una situación deplorable, se resignase tan fácilmente á recibir de otro la fatal nueva que me he visto en necesidad de comunicarle. Desgarrado tengo el corazón, y de veras comienzo á temerme una catástrofe definitiva en el cerebro de nuestro pobre y desgraciado amigo. ¡Oh! Esto es muy cruel.

Desde el momento que puse el pie en tierra, y aun antes de leer tus cartas, me informaron algunos de la muerte de Don

Pablo, cuya noticia me hirió como un rayo. Mi primer paso fué avistarme con el Dr. Frutos, á fin de que me dijera algo acerca de nuestro amigo, antes de presentarme en el hospital.

—Sea usted muy bienvenido, díjome el doctor; el buen capellán y yo hemos pasado por muy amargos trances en San Lázaro. Antonio está casi seguro de que su padre ha muerto: sus miradas y ademanes, sus frases inconexas, sus exclamaciones, todo indica que ha sorprendido este fatal secreto que hemos procurado ocultarle hasta la llegada de usted. Casi estamos á punto de perder su confianza, según el extraño giro que van tomando sus sentimientos... y la verdad, añadió el doctor humedecidos los ojos, me pesa esto en el alma... porque ese joven era digno de mejor suerte.

—¿Es posible, mi querido doctor! exclamé yo, espantado realmente de las enfáticas palabras que acababa de escuchar. ¿Qué es lo que usted teme por mi pobre amigo?

—Todo, amigo mío, todo; me respondió con amargura. En la curación de su cruel dolencia yo me lisonjeaba de haber hecho algo, gracias á la docilidad del enfermo en sujetarse á mi régimen curativo, que era muy sencillo y poco severo. Mas desde que se ha apoderado de él nuevamente aquella especie de desconfianza,

que yo creí hubiese depuesto durante la convalecencia de la fiebre, el desgraciado joven ostenta una rebeldía tan tenaz y decidida, que no puedo ya obrar con firmeza. Cuando el enfermo ha perdido la confianza en el médico... digo mal, en la medicina, la ciencia no puede hacer milagros.

—Y por tanto, la enfermedad de mi pobre hermano continuará en progreso!

—Va usted á juzgarlo por sí mismo. ¿Quiere usted acompañarme al hospital? Me dirijo para allá en este momento.

—Quisiera yo acompañarle; pero debo advertir á usted que no tengo licencia de la autoridad para entrar de nuevo en San Lázaro.

—Eso lo remediaremos al paso: desde que he logrado que comience á deponerse la preocupación de que la lepra es contagiosa, la autoridad se presta más fácilmente á otorgar estos permisos.

—Según eso, observé yo entrando en la calesa del doctor y tomando asiento á su lado, está usted persuadido de que esa maligna enfermedad no se trasmite por contagio.

—Siempre tuve mis dudas fundadas sobre el particular; pero hace algunos meses que esas dudas han desaparecido de todo punto, porque á mí me parece demostrado ya, que semejante contagio es imaginario.

—Entonces, doctor mio, lo que se hace con los infelices leprosos, obligándolos á encerrarse en un hospital lejano, aislado y solitario, es cruel, es horrible, es monstruoso. De esa suerte, á un ser infeliz se le arranca del seno de su familia y amigos... y se le arroja en un fango asqueroso para ver la podre y la miseria que cubre á otros, cuando lo que padece es bastante para causarle una penosa agonía... para ser testigo de la muerte lenta y dolorosísima de los demás leprosos, como si él mismo...

—Pero ¡qué quiere usted, amigo mio! Es necesario resignarse á pasar por las preocupaciones de la sociedad, cuando no es posible combatirlas de frente. Lo que se hace es ilustrarla primero, y ella misma depondrá esas preocupaciones.

—Como quiera; cada uno debe hacer de su parte por sustraerse del funesto efecto de ellas.

—Según; si uno pretende sustraerse por un choque abierto, desafiándolas cara á cara, no diré á usted que eso sea malo, no; pero sí es peligroso. Suponga usted que Antonio se empeñe en salir del hospital para vivir en su casa, persuadido que su dolencia no puede perjudicar á ninguna persona sana, ¿cree usted que sólo por estar de ello persuadido, la policía le dejaría tranquilo?

—Bien; pero si él marchase fuera del país... lejos, muy lejos...

—En tal caso la policía de Campeche, ciertamente no le diría nada; mas yo no sé cómo sería recibido en otra parte.

—Pero, en fin, doctor mio, ¿cree usted que el pobre Antonio está realmente leproso?

—Si lo ha dudado usted alguna vez, me respondió con dulzura el buen médico, espero que me diga su opinión cuando vea hoy de nuevo á su amigo. ¡Ah! prosiguió con vehemencia y cambiando de tono: cansado estoy de clamar por la represión de ciertos abusos que se toleran entre nosotros, y que al fin han de causar todavía horribles catástrofes en la juventud. Las leyes sanitarias quieren que en las oficinas de farmacia no se despachen recetas, que no sean de un médico aprobado. Pues bien; va un joven... un niño que entra apenas en la pubertad y, sin consultarse con gentes de ciencia y experiencia, pide á comprar una horrible composición de esas que un médico apenas osaría emplear en ciertos casos dados, y después de un maduro examen. El inexperto niño, víctima así de la codicia ó temeridad de un boticario, traga veneno, ponzoña horrible, en lugar de una medicina. El pobre niño ¡ah! exuberante de vida y de esperanza, ve en efecto que su mal ha desaparecido instantáneamente, como por un medio eléctrico. ¡Precioso descubrimiento! ¡Ya posee el secreto de la salud asegurada.

á prueba de los humores deletéreos! ¡Qué triunfo! ¡Qué felicidad! ¡Viva el insigne y discreto boticario! Pero ¡cuán pronto vienen uno á uno los más crueles desengaños! Si; después de esa prueba, la vista comienza á flaquear, los nervios pierden su elasticidad, el sensorio se entorpece, el pulmón se afecta, el hígado se laxa, la piel se cubre de máculas y grietas... en pos vienen las úlceras, las contracciones, las fistolas, el aliento pestilente, el cabello que se cae, la juventud que se desvanece, y la vida que se va. ¡Adiós sueños dorados! Un joven muere entonces de una pulmonía casi fulminante... otro va á dar al hospital de San Lázaro; aquél está manco, el otro gafo, el de más allá semi-raquítico... Todos los que se han revolcado en un cieno inmundo, y buscado el remedio de una dolencia tan infame como peligrosa en los consejos de los libertinos, en la inexperiencia de otros jóvenes, ó en la codicia de quienes pretenden vender su secreto á peso de oro... todos ellos, amigo mío, tienen un triste y prematuro fin.

Asombrado escuché yo aquel vehemente apóstrofe del doctor, y no tuve ya duda ninguna de que había comprendido perfectamente el origen de la enfermedad del desgraciado Antonio. Iba yo á dirigirle cierta observación, cuando la calesa se detuvo; el doctor me dijo le esperase unos

momentos, subió á la casa en cuyo frente nos habíamos detenido y fué entonces cuando pude leer rápidamente tus dos cartas, que me dan los detalles dolorosos de la muerte de mi deudo, de mi bienhechor, mejor dijera, de mi padre.

A poco volvió el doctor, trayendo la competente autorización para que yo fuese admitido en el hospital, pudiendo entrar y salir cada vez que lo tuviese por conveniente. Este permiso era para mí de la mayor importancia, y no pude menos de tributarle las gracias al que me lo había proporcionado.

Seguimos camino, y al fin llegamos á San Lázaro.

Encontrámonos primero con el capellán, quien no pudo menos de entristecerse al verme allí.

—Vaya usted, caballero, díjome con emoción, vaya usted á ver si puede hacer algo en favor de su amigo.

Y mientras el doctor y el buen sacerdote platicaban juntos, me invitaron á entrar en el cuarto de Antonio, permaneciendo ellos en la galería.

El aposento de nuestro pobre amigo estaba en el mayor desorden; muestra cierta del abandono é indiferencia con que mira ya lo que pasa en rededor suyo. En vez de hallarle entregado á alguna lectura provechosa ó entretenida, vacía medio dormido en un canapé, envuelto en su ca-

pa, los brazos cruzados sobre el pecho y respirando con alguna dificultad. Como no hice rumor al introducirme, el enfermo permaneció tranquilo, y de esa suerte pude contemplarlo antes de dirigirle la palabra.

¡Ah! pobre amigo nuestro: partióme el corazón su aspecto.

Apenas puedo explicarte el cambio que ha sufrido en tan poquísimos tiempo. Flaco, macilento, el cabello y la barba crecidos, cubierta la piel de aquellas horribles máculas que tú conoces, contraídas las manos, la respiración anhelosa y fatigante, era ese un espectáculo de dolor. En su frente, en el vigoroso latido de sus sienes, traslucíase lo que pasaba en aquella alma de fuego, vencida al parecer en tan prolongado y desigual combate.

Enjujúeme una lágrima que se me escapó involuntariamente, pues no quería causar al enfermo alarma ninguna, dí dos pasos más, toméle una de las manos y le llamé con dulzura.

—Antonio mío! ¡Aquí está Manuel!

Nuestro pobre amigo entreabrió los ojos, volvió á cerrarlos en el instante, me estrechó la mano y lanzó un hondo y doloroso gemido.

Este gemido ¡ah! me desgarró las entrañas dolorosamente. Ese gemido interpretaba fielmente el dolor, el sufrimiento infinito de aquel noble y lacerado corazón.

Mis esfuerzos para contenerme fueron inútiles. Un torrente de lágrimas se desprendió con fuerza de mis ojos, y lloré con mi amigo más de media hora.

—¡Con que es verdad! exclamó al fin. ¡Mi venerable padre ha muerto!

—Sí, hermano mío, repuse yo; pero aquí estoy para llorar contigo y consolar-te. Somos dos criaturas desgraciadas; resignémonos con la voluntad de Dios.

—¡Ah! gritaba Antonio; yo, yo solo he asesinado á mi padre. Yo busqué el camino de este horrible hospital; y el hospital de San Lázaro ha traído á su seno el colmo de la desgracia y del infortunio. Yo, Manuel mío, yo he ajado y destruído esa vida, de que aún necesitaban los pobres, los hombres industriosos. ¡Soy un malvado! ¡Terrible debe ser mi responsabilidad ante Dios!

La preocupación de Antonio era profunda: su dolor indefinible: su lenguaje, el del delirio. Ya no hallaba palabras de consuelo. Algo había allí que no me era dado comprender, porque no es creíble que un caudal tan copioso de nobles sentimientos, de ideas generosas y de reflexiones sábias, se hubiese extinguido tan súbitamente en esa alma de fuego y de amor cristiano, dejando en nos un vestigio siniestro. No hay remedio: el dolor, las vigilijs, los pormenores de su triste historia; todo ha mellado su espíritu, abatido

su corazón, exacerbado sus dolencias, y aplicado al no bien extinguido volcán que ardía en su cerebro una nueva tea incendiaria. ¡Nuestro amigo está herido otra vez, y sepa Dios si esta herida podrá curarse! Mucho temo que esa herida apremie su muerte; es profunda, y está envenenada.

Todo mi afán para tranquilizarlo y hacerle tomar un sendero más razonable, fué por el momento enteramente inútil. Parece haber perdido la fe y la esperanza. Sin embargo, aun conserva su caridad ardiente, y como uno no puede amar á sus semejantes sin amar á Dios, vislumbro una reacción saludable en sus ideas. Ni puede menos de ser así. Estas pruebas siempre son precursoras de algún bien. La Misericordia infinita de Dios no ha de consentir en que se malogren tantas y tan generosas disposiciones. En todo caso, si hay allí algún extravío de la mente, el hombre ya no puede ser responsable de sus palabras ni de sus acciones. Este es para mí un consuelo.

Mayor fué la recepción que se hizo después al capellán, que entró al cabo de una hora de habernos dejado solos. En medio de la especie de atonía física y moral del enfermo, traslucíase su gratitud respetuosa hacia aquel hombre admirable.

Poco después entró el doctor, que acababa de hacer sus visitas á varios enfer-

mos de la casa. La recepción que le hizo Antonio fué fría y reservada. Causóme esto mucha pena ciertamente, porque nuestro pobre amigo debió á los esfuerzos, á la ciencia y á la caridad de ese hombre, su vida y su razón. El Dr. Frutos sin embargo aparentó no comprender el aire impertinente de nuestro amigo. Hablóle con la misma cordialidad, empleó las mismas palabras de consuelo que ha usado siempre, y entre risueño y severo le hizo algunas oportunas reconvenciones. Al fin lanzó Antonio un suspiro, y se volvió del otro lado con la cara hacia la pared. El doctor se sonrió graciosamente, aunque yo me había desconcertado.

—Esto, me dijo al oído, no proviene de otra causa que de haber perdido enteramente la fe en los recursos de la ciencia. Nosotros debemos combatir ese principio sin desmayar y sufrir pacientemente sus arrebatos. Este joven sucumbiría muy pronto, si no lográsemos extirpar esa funesta preocupación.

—¡Oh! le repuse yo en el mismo tono: duéleme infinito ver ese ademán brusco y poco cortés con que le recibe, doctor mío; pero espero que sabrá disimularlo, en gracia de su triste situación. El siempre ha amado y admirado las altas prendas de su médico.

—¡Qué está usted hablando, criatura! me replicó el doctor sonriéndose. Si hubie-

se usted cursado la larga y penosa escuela del dolor, que se presenta con tantos y variados caracteres; de los sufrimientos morales, que se revisten de mil formas diversas á cada paso; de las miserias de la humanidad, en fin, no me demandaría mi indulgencia en este caso. Soy médico, mi joven amigo; y aunque un poco susceptible y muy pundonoroso en la ocasión, conozco perfectamente todas las crisis, y sé aprovecharme de ellas. Dejese, pues, de cumplimientos, pues toda recomendación es inútil. Mis enfermos son mis hijos; y contemplo y amo á cada uno, como amaría y contemplaría á un hijo mío, que se hallase en un peligro cualquiera. Por otra parte, este joven es amigo mío, añadió el doctor apretándome la mano y lanzando sobre el enfermo una dulce y lánguida mirada; y debo hacer en su obsequio cuanto me dicten el deber y el cariño que le profeso.

El doctor se aproximó de nuevo al enfermo, y le tomó el pulso. Antonio no opuso resistencia alguna.

En seguida salimos á la galería, dejando al capellán en el aposento del enfermo. El doctor añadió algunas palabras más de consuelo, y volvió á la ciudad.

Pasé el resto del día en el hospital, y he venido á Campeche para arreglar varios asuntos, y escribirte la presente. Yo debo regresar á San Lázaro, á esperar el giro

que tome la enfermedad de nuestro pobre amigo, en cuya compañía estoy resuelto á permanecer todo el tiempo que contemple necesario.

Por supuesto, que no me ha dicho, ni era posible que me dijese nada relativo á negocios. Peor que eso todavía, ni siquiera me ha dirigido una pregunta acerca del Dr. Moore, ni de nuestro amo Germán. Por lo mismo, me hallo en la más completa ignorancia del contenido de la carta de Regino.

Mucho he de equivocarme si esa carta, el nuevo encuentro que Antonio tuvo el día de la fiesta de Lerma con Cruvés, y las cavilaciones que han debido ser consiguientes á todo eso, no ha entrado por mucho en el estado en que se encuentra al presente. La muerte de mi deudo y bienhechor, de este desgraciado padre, ha concluido la obra. Yo cuidaré de darte aviso de cuanto sepa.

Adiós, querido mío. No puedo resignarme á estar separado del pobre enfermo: vuelvo ahora mismo al hospital, y allí espero tus cartas. Tuyo amante é invariable amigo.

Pero supuesto que eso nos hace sufrir, y que Dios no ha querido estancar la fuente de toda sensibilidad en nuestro corazón, sintamos de veras; y ya que no se han agotado nuestras lágrimas, lloremos; y si es posible, lloremos lágrimas de sangre. Bien lo merece la suerte triste de nuestro infortunado amigo. ¡El va á partir en fin de San Lázaro!

No será poca tu sorpresa al saber semejante determinación; la mía era de oponerme á ese proyecto, con todas mis fuerzas, y las he empleado efectivamente hasta donde me ha parecido racional. Cuando la lucha ha llegado á su último término, y me he figurado que el cielo intervenía en ella dando la ventaja á mi adversario, he creído en conciencia someterme á sus decretos. Así, pues, yo consiento también, — ¡pésame el decirlo! — en esta fatal partida. ¡Hartas han sido las pruebas de un año! Nuestro pobre amigo no puede permanecer aquí por más tiempo, sin exponer su existencia; más que su existencia, la paz de su espíritu. Ya puedes imaginarte cuál sería mi dolor al consentir en una ausencia que, para mí, equivale á la muerte tal vez; pero supuesto que yo mismo, he consentido, y aún más que consentido, he exigido de Antonio que parta de una vez, fácil te será comprender que las razones han debido parecerme concluyentes, poderosos los motivos y exigentes las circunstancias.

He preferido este extremo, el de verlo apartarse para siempre de nosotros, que no el de someter esa cruda y dolorosa existencia á una prueba más cruel. Con un simple relato de lo que ha ocurrido, te convencerás de la necesidad que existe de prestarnos á este sacrificio. No creo, á vuelta de todo, que las lecciones recibidas aquí, sean enteramente perdidas. Al contrario, fortificado con ellas, la peregrinación que va á emprender nuestro amigo, lanzándose en un nuevo mundo, en países ignorados y bajo la dirección de personas, no sólo extrañas, sino de terribles precedentes; esa peregrinación, repito, podrá y debería serle provechosa. Escucha lo que ha ocurrido, desde mi carta anterior.

Recuerdo haberte dicho, que era bastante lastimosa la situación de Antonio, y que me temía alguna desgracia. Cuando volví al hospital, no tuve sino nuevos motivos para ratificarme en aquella opinión; y por dos días consecutivos abrigué las mismas dudas y temores. Antonio, sin embargo, había permanecido encerrado algunas horas con el capellán, y esto era para mí un signo bueno y malo á la vez. Bueno, porque le veía gradualmente volver al sentido momentáneamente abandonado, apelando al único consuelo, al único recurso que nos queda en las grandes calamidades; la religión. Y malo, porque podía ser también un signo de que el enfermo co-

menzaba á creer muy próximo su fin, y pretendía arreglar su conciencia, disponiéndose á partir para el otro mundo. Y aunque es verdad, que jamás he sido tan necio, que crea que se comete una imprudencia en una casa católica cuando se anuncia al paciente, que debe en todo evento prepararse para bien morir; con todo, atenta la grave situación mental de nuestro amigo, y no ocultándoseme el decidido influjo que ejerce lo moral sobre lo físico, y viceversa, comenzaban á alarmarme seriamente las entrevistas largas y secretas del enfermo con el sacerdote. Y mayor era mi alarma, al observar, por grande que fuese el disimulo del capellán, que éste había llorado durante su confesión. No puedo negártelo: ya no sabía qué hacer, puesto que no había de atreverme á demandar explicación ninguna del sacerdote, sobre asuntos relativos á tan grave y santo misterio. Nadaba yo en un mar de dudas y cavilaciones.

Al entrar en el aposento de Antonio, después de una de esas conferencias, hallé que nuestro amigo había recuperado algo de su aplomo. Tendíome una de sus manos, y me hizo sentar junto á sí.

—Manuel mío, djome al cabo de algún tiempo, yo quiero salir de este hospital.

Tan inesperada revelación me afligió en extremo.

Y con razón, ciertamente. Cuando los

médicos han declarado que un individuo está leproso, de cuya enfermedad ninguno hasta hoy se ha curado en el país, la policía no puede ni quiere tolerar que ese leproso conserve la vida social, y lo persigue con una tenacidad casi brutal, hasta encerrarlo en el hospital de San Lázaro, erigido á grandes costos, para desterrar aquí á los infelices elefantiacos por temor de que se propague tan horrible dolencia. Y si existen dificultades tantas y tan insuperables para conservar oculto de la vista del público y de las autoridades encargadas de vigilar en este punto, á alguno de esos infelices que aún no ha sido declarado "lazarino" expresamente, ¿cuáles y de qué tamaño no serian las que se suscitasen para extraer del seno mismo del hospital á uno declarado "lazarino" de antemano, y encerrado aquí un año entero, después de semejante declaración? Mi terror y asombro debieron de pintarse, sin duda, en mi semblante, porque Antonio, antes de escuchar ninguna palabra ni observación mía, murmuró con cierto desaliento:

—¡Y sin embargo! Yo contaba contigo, hermano mío, para ejecutar mi proyecto.

—¿Tu proyecto? pregunté yo maquinalmente y como para ganar tiempo á fin de arreglar mis ideas, y formularlas de un modo que hiriese lo menos posible la exquisita susceptibilidad de nuestro desventurado amigo.

—Sí, insistió él; de mi proyecto de fuga. Yo quiero fugarme de aquí.

—Pero eso, hermano mío, presenta gravísimos inconvenientes y dificultades.

—Razón de más para que exija tu concurso: pero supuesto que mi fuga te parece irrealizable, no hablemos más del asunto. Me resignaré á morir pacientemente encerrado en este hospital, sin esperanza alguna de alivio, y expuesto siempre á la fatal desgracia de volver á encontrarme con aquel hombre. Ya no saldré más, á respirar la brisa de la tarde, de este fatal y ominoso encierro.

Y se desataron dos ríos de lágrimas de los ojos del pobre enfermo.

—Pues bien, Antonio mío; repuse yo en el acto, muy decidido á ejecutar lo que iba á decirle para calmar su angustia y moderar su dolor. Se hará todo como quieras: para mí no existe dificultad ninguna, porque resuelto estoy á sacrificar hasta mi vida por tí. Tranquilízate, y escucha mi proyecto: yo también he formado mi proyecto de evasión, y estoy seguro que lo aprobarás.

Nuestro pobre amigo pareció tranquilizarse un tanto con mis últimas palabras. Apartó el pañuelo de sus ojos, y se quedó mirándome en actitud de esperar la explicación ofrecida.

—Mira, hermano mío, proseguí yo entonces; tú debes conocer que al salir fugitivo de este hospital, no estarías tranquilo

en ninguna población. El ojo vigilante de la policía te seguiría por todas partes, te buscaría en donde quiera y te obligaría á volver á este encierro, que has comenzado á detestar ya. Tal vez es injusta y bárbara esta persecución; pero ¿qué quieres? Existe un terror vivísimo contra la lepra; hasta las gentes más sensatas se encuentran preocupadas acerca de ella, y mientras la ciencia, como lo sabes tú mismo, no llegue á demostrar que la tal enfermedad no es contagiosa, como yo lo creo firmemente, ninguna de esas trabas pueden sacudirse, ninguno de esos obstáculos superarse.

—Es verdad; dijo Antonio con aire resignado y aún indiferente al parecer.

—Pues bien, continué yo: entre las últimas poblaciones de Yucatán y el lago de Peten, existen bosques frondosos y brillantes, espesísimas florestas ó praderas inmensas. Allí, á donde el ruido de la sociedad no llega, ni el bramido de las pasiones, ni el influjo de las preocupaciones te abrumarían... Corramos, pues, á encerrarnos allí. Haré todos los preparativos conducentes... te dejaré unos días para escoger yo mismo el sitio en que fijemos nuestra residencia definitivamente, sin mantener con los hombres otra comunicación que la muy precisa para acudir á nuestras necesidades. Tienes criados que te aman... los pobres indios de la hacienda harían por tí cualquier sacrificio, y

lo harían con la mejor voluntad del mundo. ¡Mira qué bella perspectiva se nos presenta! Construiremos una habitación, que reúna todos los encantos imaginables. Una huerta, un jardín, un corral...

—No te empeñes en eso, amigo mío; dijo Antonio interrumpiéndome. Te he dejado hablar, porque experimentaba un placer exquisito viendo hasta qué punto llevabas tu generosidad, tu afecto y amor á tu pobre hermano. No: por más nobleza que encuentre en tu proyecto, yo no puedo aceptarlo.

—Pero, querido mío, (repúsele entonces) ya has visto los inconvenientes que habría en que volviesses á tu casa: eso es imposible.

—Lo sé muy bien, y por eso no abrigo semejante pretensión.

—En tal caso, ¿qué es lo que intentas? pregunté algo desconcertado, vislumbrando algo de lo que estaba meditando.

—Huir de aquí, respondíome con energía; pero huir lejos, muy lejos, de tal suerte que el temor del contagio no horrorice á estos hombres sin corazón. Sí: yo quiero marchar á un país extranjero.

Te confieso que la idea me causó un sobresalto, que apenas podría expresarte ahora. Es verdad, que había yo discurrido hipotéticamente con el doctor acerca de la justicia con que Antonio podía adoptar un partido tan desesperado; pero tan le-

jos estaba yo de preever que fuese capaz de pensar en él con alguna seriedad, que ni siquiera había vuelto á ocurrírseme la idea. Y no me sobresaltaba ciertamente, porque creyese que haría un nuevo sacrificio con resignarme á acompañarlo á cualquiera parte del mundo; no, porque yo he estado y estoy resuelto á realizar por nuestro pobre amigo, ese y cualquier sacrificio, por mayor que se considere. Espantábame, sí, que fuese á lanzarse en otro nuevo piélago de dificultades, creyendo evitarlas con su fuga de San Lázaro, porque al cabo en todas partes se teme seriamente el contagio de los leprosos, y al fin podrían encerrarlo en otro hospital, en donde me fuera imposible hallarme cerca para consolarlo y proporcionarle algunos alivios. Aquí, al fin, en donde ha sabido granjearse el afecto de todo el mundo, en donde sus relaciones subsisten, con amigos y parientes que cuiden de su existencia y comodidades, bien podría serle soportable un encierro tan poco severo como el que sufre; pero en tierra extraña... ¡ah! Eso habría sido un inmenso abismo, una estupenda calamidad para este desgraciado, y así me pareció conveniente significárselo, para arrancarle del todo un pensamiento que á mí me parecía absurdo.

—Tú no puedes, Antonio mío, (díjeme al fin) insistir en una idea tan extraña. Ya

lo ves: me presto de buena voluntad á auxiliarte en la fuga, y acompañante á un desierto; pero yo no puedo consentir en que te expongas á sufrir un mal mayor del que aquí experimentas.

—Pues, amigo mío, estoy resuelto y partiré. Si no quieres favorecer mi fuga, déjame buscar los medios de proporcionármela.

—¡Oh! exclamé yo: no puede ser; piensa bien y despacio en ello, y verás que es imposible. Tú no me harás, así lo espero, la injusticia de creer que mi resistencia proviene de rehusarme á seguir tu suerte; por tí daría yo hasta la vida.

—Ya lo sé, Manuel mío, me repuso con la mayor consternación; lo sé, y sé también que tu resistencia viene de un origen muy noble. Sin embargo, yo debo partir, y partiré sin tí.

—¿Sin mí? ¡Imposible! En ningún caso consentiría yo en que partieses solo; y sí, lo que no creo, insistieses en ejecutar esa fuga para un suelo extranjero, á pesar de mi resistencia á tu proyecto, y te la tuya á que yo te acompañe, te acompañaría, ¡vive el cielo!, hasta el fin del mundo, aunque supiese perecer en semejante peregrinación. Resuelve ahora lo que mejor te plazca. ¿Quieres partir á pesar de mis observaciones, de mis consejos, de los consejos de tu amigo y hermano? Bien: partamos juntos. Estoy resuelto á todo.

—No, hermano mío, no. Yo parto, y tú te quedas.

—Ni pensarlo: si tú partes, no hablemos más de mi resistencia. Vamos á acordar los medios de la fuga.

—¡Noble y generoso amigo mío! ¡Si supieras con qué delicioso consuelo escucho tus palabras, y veo tu decidido entusiasmo! ¡Ah! Tú eras digno de encontrar otro corazón que mejor te comprendiese.

Y nuestro pobre Antonio se desató de nuevo en un mar de lágrimas.

Por mi parte, ya no sabía qué decir. Estaba realmente desconcertado, y temiendo más y más el empeño que mostraba este desgraciado. Mi corazón se encontraba en una verdadera tortura.

¡Al fin, me fué preciso llorar con él, porque ciertamente no puede ser más cruel y doloroso el rigor de su destino!

Cuando volvió la calma á nuestro espíritu y las lágrimas desaparecieron, Antonio procuró entonces aclararme todo el misterio. El misterio estaba encerrado en la carta de Regino, de la cual aún no me había hablado antes, y en una apostilla escrita por el Dr. Moore al calce de la propia carta.

¡Entonces pude comprenderlo todo!

Regino explica su conducta en los últimos días de su permanencia en San Lázaro, y todos los incidentes que, en la apariencia, condenaban su fuga. No es esto

solo. Dice que ha debido al doctor, no sólo el haber vuelto al buen camino de que se había extraviado, sino su salud perdida. ¿Podía esto menos que hacer en el ánimo de Antonio una impresión tal, que le decidiese casi sin examen ninguno, á echarse en los brazos de un médico tan admirable? Aquí tienes el verdadero motivo de su poca confianza en el Dr. Frutos, y de haberse verificado una verdadera revolución en su espíritu. Desde ese momento, ha debido creer que supuesta la seguridad con que se le anunciaba que su mal sería incurable, tenía derecho de poner su esperanza toda en quien se decía capaz de hacer lo que otros no pudieran realizar. ¡La salud para un lazarinó! ¡Dios eterno! No hay duda que éste ha de ser el único, enérgico, constante y tenaz pensamiento de un infeliz condenado á vivir en San Lázaro una vida de dolor, podredumbre y miseria. Si; no hay duda que ese pensamiento debe adherirse al cerebro con una intensidad febril, desgarradora y palpitante, capaz de volver el juicio á un pobre leproso. Dí á éste, que tú le darás salud y vida, cuando todo el mundo le dice lo contrario; dile que cesará al punto la corrupción de sus humores, que los miembros no se desgarrarán más, que desaparecerán esas úlceras que exhalan un fetor abominable, que parará la disolución orgánica, que recuperará cuanto hubiese perdido, que volverá

á la sociedad, á la vida civil, á la patria, al seno de su familia y amigos: dile que entonces podrá elegir una esposa, vivir en medio de sus hijos y rodeado de cuanto el mundo puede ofrecer... ¡dilo por Dios!, y verás en el pobre leproso la revolución más completa. Mientras no recibiese un cumplido desengaño, la esperanza, una esperanza viva y delirante, roería su corazón... minaría su existencia... mantendría un volcán en su cerebro... y no habría dificultad que no superase para llegar á su objeto. Hélo aquí todo.

Esto es lo que ha sucedido puntualmente á nuestro pobre amigo.

Añade á eso, que el Dr. Moore le encargó hallarse sin falta la noche del 2 de Enero en la playa de Lerma, si se resuelve en fin á dejar á San Lázaro, y eso para hallar un bien perdido, para verse limpio de la horrible lepra que lo cubre! ¿Cómo ha podido vacilar?

Su partido, pues, estaba tomado.

Pero yo he debido oponerme todavía á ese partido, y me he opuesto con todas mis fuerzas, y aún con mayor energía, desde el momento en que he sabido el origen y motivo de la determinación de Antonio.

Porque, en efecto, queriendo mío: ¿qué viene á ser el Dr. Moore en la historia de Antonio? ¿Cómo lo ha arrojado la Providencia en su camino? ¿Quién es, en fin, este hombre para que pongamos en sus

manos un tesoro, que debe sernos tan apreciable?

El Dr. Moore tiene todas mis simpatías y respeto. Al comprender su historia, esa historia llena de interés, de la existencia excepcional de un hombre arrojado de la sociedad por una injusticia; y que no se ha puesto en contacto después con el género humano sino para volver á los hombres el mal que de ellos ha recibido; al escuchar de su boca un grito de arrepentimiento y de dolor, ha debido despertarse en mí una confianza sin límites. Bien; pero ese hombre formidable se encuentra sin duda en una posición peligrosa. Su determinación misma de separarse de la vida infame ó misteriosa que ha llevado por tantos años, le suscitará tal vez una multitud de enemigos. Las asechanzas, el odio, el temor... todos los peligros posibles deben perseguir su futura existencia; y si es cierto que en su larga carrera anterior, la vengadora y severa sociedad nada ha podido contra él; quién nos asegura que la gente infame, en cuya compañía ha permanecido y que debe tener un interés directo en perseguir, destruir y aniquilar á un testigo tan terrible... quién nos asegura, repito, que esa gente, abortido de la sociedad, no será más feliz que ésta? He aquí mis dudas y tormentos.

Ponerse nuestro amigo en manos semejantes, equivaldría á colocarse en medio de

todos los peligros. ¡Situación, por cierto, bastante singular para un joven educado con tal miramiento, cuidado y circunspección!

Todo se lo representé, amigo mío; pero mis observaciones fueron enteramente inútiles. Su partido estaba tomado después de una deliberación consigo mismo, y mi voz era impotente.

—Veo que mis esfuerzos son inútiles, le dije al cabo; y que tú estás determinado á partir, á pesar de que no puedes responder satisfactoriamente á ninguna de mis objeciones. Partirás, sí; pero yo parto contigo.

—Imposible, ya te lo he dicho; es imposible.

Y Antonio me estrechaba contra su corazón.

—Por más que eso te parezca imposible, insistí yo, tiene que ser así, ó no será jamás. Yo te lo afirmo.

—Pues ¡yo te digo, que así será á pesar tuyo; gritó Antonio de una manera terrible. Enmudecí de nuevo, porque me pareció haber llevado mi insistencia en aquel momento hasta un término imprudente. En el estado de su imaginación, era ciertamente punto menos que imprudencia y temeridad contrariar las miras y proyectos de un pobre enfermo, que lo busca todo en sus esperanzas, aun las más quiméricas. Por tanto, yo estaba arrepentido de haber procedido con tan poca cordura.

—No, hermano mío; díjome Antonio después de una larga interrupción en nuestro diálogo. No destruyas de un golpe la más lisonjera de mis ilusiones. Déjame partir en compañía y bajo la exclusiva protección de ese hombre: nada temo, ni hay para qué temer. Además, ¿qué cosa peor podía sobrevenirme, que permanecer encerrado en este hospital, siempre con la idea terrible, con el puñal clavado en el corazón, que me estará diciendo sin cesar, que mi dolencia habría sido curable, si me hubiese determinado á observar las indicaciones del hombre único que pudiera salvarme, y eso tan sólo por un vano temor?

Firme yo en mi silencio, Antonio prosiguió diciendo:

—Ya lo ves; tu presencia; ese empeño que manifiestas en querer acompañarme, destruiría todos mis planes, porque seguramente ese hombre, ese Dr. Moore, en cuyas manos voy á ponerme, no querrá sin duda complicar la situación arrancando del seno de su patria á un joven, como tú, que puede y debe serle útil. Tal vez esto provocaría averiguaciones delicadas. Mientras que yo... yo puedo partir sin hacer falta á persona alguna: la sociedad me tiene excomulgado, ¿qué me objetará, porque hubiese pretendido sustraerme á su justicia y odiosa persecución? ¿Con qué derecho exigiría de mí una ciega y pasiva obediencia á sus caprichos, á sus brutales castigos,

cuando yo hallo en mi conciencia que no soy tan delincuente, que los merezca hasta el punto en que le plazca imponérmelos? No: yo le niego semejante derecho. Enhorabuena que exija mi sometimiento á sus medidas de policía: ¡Yo me he sometido, ¡gran Dios! á cuanto ha exigido de mí! Pero no puede obligarme á permanecer bajo de su influjo: yo debo sacudir esta opresión. Tal es el motivo de mi conducta.

Al escuchar este discurso, me pareció conveniente oponer el mismo silencio. Antonio conoció, que yo no estaba convencido de sus razones para resignarme á dejarlo partir solo, y después de otra interrupción volvió como antes á la carga, diciendo:

—Me pesa, querido mío, contradecir tu dictamen en esta vez. ¡Si supieras cuán amargo es para mi despedazado corazón no merecer que apruebes hoy sus sentimientos! ¡Si comprendieras, en fin, que uno de los grandes obstáculos que he tenido que vencer en esta horrible lucha, cuyo carácter en vano me esforzaría en describirte, ha sido el determinarme á obrar sin concurso tuyo! ¡Ah! Yo estoy seguro que después de compadecerme, me dejarías entregado á mi propia suerte. No hay remedio: mi determinación es irrevocable. Parto solo, y tú te quedas.

Teniendo aún la esperanza de reforzar mis argumentos en mejor ocasión, pues-

to que el plazo prefijado por el Dr. Moore, aun daba lugar para diferir mis observaciones, que entonces podían parecer inoportunas, sólo hice un ligero signo de asentimiento para no exasperar á nuestro pobre amigo. Satisfecho con esto prosiguió:

—Además, Manuel mío, yo tengo que hacer mi testamento y dejar aquí una persona que recoja mis bienes y les dé la distribución que voy á ordenar. Sólo tú, que conoces perfectamente el estado de los negocios de mi difunto y venerado padre, puedes arreglar y dirigirlos en mi ausencia. Por eso, pues, también debes quedarte.

—Esta nueva razón, dije yo entonces, es menos concluyente que las otras. Piénsalo, amigo mío, y después me dirás cuál sea tu final determinación. Yo insistí en que no debes partir; pero una vez que estás determinado, no debes rehusar la compañía de tu hermano. ¿Quién te verá y cuidará con mayor interés? En un conflicto, en una circunstancia grave cualquiera, ¿de qué inmenso consuelo no será para tí, hallar una mano amiga en que apoyarte, el pecho de un hermano en que depositar tus penas!

Una nube sombría se fijó sobre la frente de nuestro pobre amigo. No sabré decirte si era de tristeza, hallando en mí una contradicción que no esperaba; ó de despe-

cho, porque sus razones no me convenían. Lo cierto es, que en todo el resto del día y en el siguiente no volvimos á hablar del particular.

Entre tanto, iba recobrando su afecto y gratitud al Dr. Frutos, y proseguía en sus conferencias misteriosas con el capellán. Esto me había parecido un buen signo; pero me equivoqué. Cuando se ofreció hablar otra vez de su proyecto de partir, lo he encontrado más firme que nunca en su determinación, y lo más delicado del caso es, que tengo entendido que su confesor ha convenido en ello y prestado su consentimiento. Puede ser que sus razones hayan parecido al capellán más graves que á mí; pero entre tanto, yo he debido oponerme, y me he opuesto hasta ayer, en que ha ocurrido un incidente horrible, que ha puesto fin á mis dudas. Antonio debe partir; no puede permanecer en este santo hospital: está visto que Dios lo quiere.

Escucha lo que ha pasado.

El destino de nuestro amo Germán, después de haberle yo visto en la finca del Dr. Corroy, era enteramente ignorado de mí y de Antonio. Por más diligencias que habíamos hecho para inquirir algo relativo á este desgraciado y generoso anciano, nada habíamos logrado, si no fuese una ú otra noticia contradictoria, y que se avenía mal con lo que yo sabía de cierto hasta el día de mi encuentro con él en la casa

de Mr. Corroy. Lo más probable, lo más racional y plausible era, que subsistiese aún en compañía del Dr. Moore, cuyo paradero también nos era de todo punto desconocido. Sin embargo, anteayer hemos tenido una noticia directa del viejo sepulturero; y he aquí cómo:

Un marinero se ha presentado en las puertas del hospital, entregando al administrador una carta, con especial encargo de que se pusiese al momento en manos de Antonio. El portador de la carta desapareció antes de que el administrador, que no tenía antecedente alguno en el negocio, pudiese tomar sus señas. Un minuto después, estaba esa carta en manos de Antonio. Leyóla, y me la extendió en el acto, agitado de una extraña convulsión. El contenido de la carta era breve; pero misterioso y enfático; hélo aquí:

“¡Pobre amigo mío, víctima inocente de un malvado cuyo castigo ha de ser terrible! Me encuentro casualmente en la Laguna, de donde voy á salir ahora mismo, hasta que llegue el día en que nos reunamos, como lo espero. Pero antes de marchar, voy á prevenirle para que esté en guardia. De un momento á otro se le espera una prueba dolorosa y cruel ciertamente. Súfrala con resignación y valor, y sobre todo, convéznase con ella de que su permanencia en San Lázaro es ya imposible. Adiós.—Germán.”

En el estado de viva excitación en que Antonio se encontraba, ya puedes figurarte cuál sería su sobresalto. El mío no era menor ciertamente, pues dejando la carta del sepulturero una ancha vía á todas las conjeturas, todo podía temerse. Mi temor sobre todo, era que el enfermo se empeorase por el momento. Imagínate no más lo que sería el arrojar un pábulo en aquella hoguera que ardía en su cerebro. Yo me perdía en dudas y vacilaciones. ¿Qué peligro era ese, qué prueba la que se esperaba á nuestro amigo, y contra la cual era preciso estar en guardia? Yo llegué á fijarme en que su intención era la de significar un nuevo encuentro con el pirata. Sin embargo, yo no me atreví á indicar mi pensamiento á nuestro amigo, quien seguramente llegó á creer lo mismo que yo, aunque tampoco tuvo valor para comunicármelo.

El suceso ha venido á sacarnos de toda duda; y no en vano la llamé el otro una prueba dolorosa y cruel. No podía serlo más, ciertamente.

Paseábame ayer tarde en la parte exterior del hospital, cuando se ha detenido en la playa una canoa de regulares dimensiones, y que según todas las apariencias procedía de Tabasco ó de la Laguna. En el instante han desembarcado seis hombres y dos mujeres, que se encaminaron al hospital. Al detenerse mi vista sobre

aquel grupo, he sentido en el cerebro una especie de revolución incomprensible. Acercábanse aquellas gentes al edificio... ¡Horror! las mujeres eran las dos mancebas de Cruvés... aquellas desgraciadas criaturas, que habían representado en Campeche el papel de hermanas del cónsul de Colombia.

Sin embargo de que en tan poco tiempo habían sufrido realmente una especie de metamorfosis, pues ostentaban á la sazón los signos característicos de los estragos del vicio, era imposible que me equivocase. No bien hube adquirido la más completa certidumbre, corri para dirigirme al aposento de Antonio, á fin de distraerle y evitar un funesto encuentro.

Peró ya era tarde. Desde la ventana que da sobre la playa, había visto y observado lo mismo que yo. Cuando yo me dirigía á detenerlo, él se lanzaba, por un impulso irresistible, al encuentro de las meretrices.

¡Encuentro terrible, y en cuyo recuerdo no acierto á detenerme, sin experimentar una angustia infinita!

En el momento de entrar aquellas dos desgraciadas, Antonio salía.

—¡Oh!, gritó nuestro amigo rechinando los dientes de cólera y mirando con ojos extraviados á las dos meretrices. ¡Oh!, ¡el fin nos hemos reunido en un hospital de leprosos! Miradme; mirad vuestra obra.

Frustrada mi intención, sólo podía intervenir para detener las consecuencias de aquel lance crítico; y me puse entonces al lado de Antonio. Los circunstantes no podían comprender lo que ocurría; pero las dos desgraciadas, al reconocer á su víctima, lanzaron una exclamación de un carácter tan pavoroso y desgarrador, que en verdad arrancaron de mí en aquel instante un sentimiento de compasión. ¡Figúrate, amigo mío, á esas desventuradas en medio de unos hombres brutales, que durante el viaje las habían sometido á las más duras pruebas de humillación!

Mientras ocurrían los incidentes que te voy refiriendo, el administrador recorría el oficio de remisión, y los soldados, pues soldados eran, que habían venido escoltando á las presas, referían á voz en cuello los detalles de la aprehensión y remisión de aquellas desgraciadas al hospital de San Lázaro, calificándolas de prostitutas, sobre cuyos desórdenes en la Laguna se había despertado el celo de la autoridad. En presencia de algunos hechos infames, habían sido sometidas á una pesquisa, y los médicos habían declarado que se hallaban lazarinias. La autoridad de la Laguna dispuso, por tanto, en cumplimiento de su deber, que fueran encerradas en San Lázaro. Esta era la historia. Sus precedentes los sabes.

Yo no sé lo que hubiera ocurrido, si fe-

lizmente el capellán, como movido de una inspiración feliz, no se hubiese presentado en el momento más crítico. Con una simple ojeada y la exclamación de Antonio, comprendió perfectamente la situación y se encargó de dominarla. Antonio se dejó separar, y las dos miserables leprosas fueron conducidas al departamento de mujeres, en donde se les ha sometido á un régimen demasiado severo. ¡Incomprensibles arcanos de la justicia de Dios! Si yo mismo no he podido evitar en mí el terrible efecto de este raro é inesperado encuentro, considera, amigo mío, cuál y cuán profunda ha debido ser la estupenda conmoción verificada en el espíritu de nuestro pobre Antonio! El capellán y yo hemos pasado junto á su lecho una noche terrible: el delirio no podía estar más desarrollado.

Venido el día, parecía haberse restablecido la calma, después de una tempestad tan horrorosa, sobre aquel espíritu enfermo. Hemos hablado pacíficamente, y no he hallado otro remedio para evitar una consecuencia más desagradable todavía, que convenir, al fin, en la partida pronta de nuestro amigo. Yo mismo le he allanado todas las dificultades que podían presentarse, y queda definitivamente resuelto que acudirá la noche del día 2 del entrante á la cita que le ha dado el doctor Moore.

Marcho, pues, ahora mismo á hacer en la ciudad los arreglos convenientes, y á traer un escribano. Sin tí, yo solo tengo de ser testigo de los preliminares de esta terrible partida, con cuya idea no puedo habituarme todavía. Pero en fin, es preciso y estoy determinado. Antonio no puede hallarse en un mismo sitio con unas personas que sólo servirán para recordarle permanentemente sus flaquezas, sus horribles sufrimientos y su triste y funesto destino.

Adiós, querido mío: les indispensable poner fin á esta carta. Recibe la cordial salutación y afecto de tu conternado amigo, que pide á Dios te conserve en su santa guarda.

—)O(—